

se proponía, que parece más bien un héroe de novela que un rival del pueblo rey. Rey sin reino, no podía contar más que con el apoyo de las Repúblicas de la Gran-Grecia y de Sicilia. ¿Esperaba vencer las fuertes poblaciones de Italia con los Tarentinos y Siracusanos? Alejandro continuó la guerra nacional de los Helenos contra los Bárbaros; su misión providencial era extender el helenismo por el Oriente. Aun cuando sucumbió en la flor de la edad, lo que había de realizarse en sus vastos proyectos no pereció con él; á pesar de las sangrientas divisiones de sus generales, la civilización griega se propagó hasta las extremidades del Asia. Pirro, por el contrario, no veía otro objeto en sus conquistas que pelear por pelear; así, á pesar de sus brillantes empresas, sobrevivió á su gloria, y vió la ineficacia de sus designios quiméricos. La guerra que hizo á los Romanos no tiene importancia más que como primera colisión de los dos pueblos que han sido un elemento imperecedero de la civilización.

¿Qué impresión produjo este encuentro en los Griegos y en los Romanos? Los Romanos se dejaron cautivar por la maravillosa cultura helénica, que encantará siempre á los hombres; pero jamás hicieron grande aprecio del carácter de sus maestros. Los Griegos, por el contrario, se sorprendieron de la gravedad y la dignidad de los Romanos. La admiración que inspiraron á Pirro en el campo de batalla, Cineas la experimentó asistiendo á sus consejos: «La ciudad, dice, es un templo y el Senado una asamblea de reyes» (1). La Grecia sufrió el ascendiente del genio austero de Roma. Esta superioridad era un presagio de la ruina de los Griegos, una vez que se entablase la lucha seriamente.

N.º 2.—*Estado de la Grecia en tiempos de la conquista romana.*  
*La Macedonia.*

La Grecia estaba en plena decadencia cuando la invasión de los Romanos. Los Atenienses «no admiraban ya al mundo más que por sus lisonjas á los reyes, y no se subía ya á la tribuna en que ha-

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, c. 19.—APPIAN., x, 3.

bia hablado Demóstenes más que para proponer los decretos más bajos y más escandalosos» (1). Quedaba todavía en Atenas el sentimiento de las artes, que ennoblecía hasta sus defectos. En Esparta la corrupción estaba al descubierto; era completamente grosera. En vano había conquistado Epaminondas la hegemonía para Tebas; la glotonería y la estupidez beocia habían vuelto á predominar. Los Aqueos habían tratado de fundar la unidad griega sobre el principio de asociación; pero los Helenos, divididos desde su nacimiento, eran fundamentalmente incapaces de realizar la unidad. La Grecia era el teatro de guerras permanentes; los habitantes no cultivaban ya sus campos ni celebraban los juegos, y casi olvidaban el culto de las divinidades (2).

La Grecia decayó tanto, que una tribu semibárbara, los Etolios, se atrevieron á concebir el designio de apoderarse de la hegemonía, que habían en vano ambicionado Esparta y Atenas. Vivían de rapiñas. Verdaderos piratas en tierra, consideraban como enemigos á todos los pueblos, y todo cuanto podían cogerles como buena presa (3). Devastaban las campiñas en plena paz, destruían las ciudades, saqueaban los templos (4). Pedíaseles una satisfacción, y contestaban con un insulto; ¿qué les importaban el derecho ni las costumbres consagradas? Creían permitido y lícito todo lo que podían hacer (5). Sus aliados estaban expuestos á su bandolerismo (6) lo mismo que sus enemigos. Estimaban á sus generales, dice *Polibio*, á proporción de las ruinas que hacían y del botín que conseguían (7). Los Etolios tenían una ley que los caracteriza perfectamente: les permitía coger *los despojos de los despojos*, es decir, robar, aún en las guerras en que permanecían extraños, á las naciones beligerantes, aunque fuesen amigas. Cuando se les decía que renunciaban á esta costumbre salvaje, respon-

(1) MONTESQUIEU (*Grandeza y decadencia de los Romanos*), según POLYBIO, v, 106, 7, 8.

(2) POLYB., v, 106, 2-4.

(3) IBID., iv, 3, 1.

(4) IBID., iv, 25, 1-5.

(5) IBID., iv, 16, 4; iv, 67, 4.

(6) IBID., vi, 6, 11, 12; iv, 79, 3.

(7) IBID., iv, 62, 2-4.

dian : «Quitaríais más fácilmente la Etolia de la Etolia» (1). Los Etolios comprometieron cuanto pudieron la libertad griega, llamando á los Romanos á la Grecia.

La decadencia de las repúblicas griegas dejó á los reyes de Macedonia como única potencia dominante en Grecia. ¿Merecían llamarse sucesores de Alejandro? Filipo rivalizó en piraterías con los Etolios, y les excedió en crueldad. No hablamos de los incendios de las cosechas, de la venta de los prisioneros, de la expulsion de los habitantes de las ciudades de que se apoderaba en plena paz, de la destruccion de las ciudades (2); estos excesos se consideraban como un derecho del vencedor, pero al ménos los enemigos profesaban un cierto respeto hácia las cosas sagradas, al paso que Filipo quemaba los templos y descargaba su rabia hasta en los mismos restos, haciendo romper las piedras para que no pudiesen servir para restaurar las ruinas (3). No retrocedía ante ningún crimen; violó los sepulcros (4); envenenó á Arato, y trató de asesinar á Filopemen (5); desempeñó el papel de pirata; su almirante erigió altares á la *impiEDAD* y á la *iniquidad* (6). El rey griego, ¿fué al ménos fiel á la mision de la monarquía macedónica? sirvió de lazo de unidad á la Grecia? ¿supo defender su independencia, amenazada por el poder preponderante de Roma? No, y ésta es la mayor censura que se le puede dirigir bajo el punto de vista político. Hubiera podido salvar la libertad de la Grecia, facilitando eficaces socorros á Aníbal; no lo hizo. En vez de combatir á los enemigos natos de todas las naciones, pasó su vida en hacer una odiosa guerra á los Griegos. Resultó de ahí que se apartaron de él hasta el punto de considerar á los Romanos como vengadores y amigos (7). El odio universal que inspiró el rey de Macedonia se revela en los violentos decretos de los Atenienses: «Los sacerdotes, en las oraciones dirigidas por el pue-

(1) POLYB., XXVII, 4, 8. C. XVIII, 5, 1, 2.—LIV., XXXII, 34.

(2) IBID., V, 19, 8; V, 100, 8; XV, 21-23.—LIV., XXXI, 27.

(3) IBID., XVI, 1, 1-6.—LIV., XXXI, 24, 30.

(4) LIV., XXXI, 24, 30.

(5) POLYB., VIII, 14.—PLUTARCH., *Arat.*, 52.—PAUSAN., II, 9, 4-6; VIII, 50, 4.

(6) IBID., XVIII, 37-10.

(7) IBID., XXIV, 1.—LIV XXXI, 30, 31.

blo, pronunciarán imprecaciones y maldiciones contra Filipo, sus hijos, su reino, contra toda la nacion macedonia y hasta contra su nombre.» Se añadió que «todo aquel que se permitiera una palabra, una señal para disculparle ó para honrarle podría ser muerto impunemente» (1).

Perseo llegó al trono por medio de un fratricidio. ¿Estuvo á la altura del odio nacional que le impulsó á cometer semejante crimen? Hay en los historiadores una singular conformidad en las acusaciones contra el último rey de Macedonia. *Plutarco* dice que la bajeza y la perversidad de su carácter le hacian indigno del trono. Segun *Tito Livio* y *Polybio* trató de asesinar al rey Eumenes y de envenenar á los generales romanos (2); lo pintan sujeto á todas las pasiones y á todos los vicios, y dominado, sobre todo, por la afición al dinero; aún le censuran la cobardía (3). *Diodoro* felicita á la Grecia por la derrota de Perseo, porque si hubiese sido vencedor hubiera impuesto á los Griegos un yugo intolerable (4).

Filipo decía que en todo tiempo los peces grandes habian tenido el privilegio de devorar á los chicos. Sin duda en virtud de esa bella máxima se ligó con Antioco para repartirse el Egipto, sin más razon que la de que el rey de Egipto era un niño de cinco años. Los Romanos practicaron la misma política á expensas de la Macedonia. Se ha tratado en nuestros dias de legitimar las guerras que hicieron á Filipo. No nos tomariamos el trabajo de fijarnos en estos esfuerzos si no viésemos en ellos un síntoma de esa enfermedad moral que hemos deplorado al empezar la segunda edicion de nuestros *Estudios*, la debilitacion del sentimiento del derecho. Aún á riesgo de pasar por defensores de una política sentimental, protestarémos, siempre que se presente la ocasion, contra un sistema histórico que conduce á la glorificacion de la fuerza. La primera guerra de Roma contra Filipo fué defensiva, se dice, porque el rey de Macedonia se habia coaligado con Aníbal

(1) LIV., XXXI, 44.

(2) PLUTARCH., *P. Æmil.*, 9.—LIV., XLII, 15.—POLYB., XXII, 22 a, 5; 22 b, 3.—LIV., XLII, 17, 18.

(3) LIV., XLI, 1.—POLYB., XXVIII, 8 y sig.—PLUTARCH., *P. Æmil.*, 9, 12, 26.

(4) DIODOR., *Fragm.*, XXX, 9.

contra los Romanos. Con semejante principio no hay invasion de Luis XIV y de Napoleon que no pueda justificarse. Sin embargo, ¿no nos dice el buen sentido que los que se unen para contener la ambicion de un conquistador defienden su existencia, áun cuando tomen la iniciativa en el ataque? Para cohonestar la segunda guerra de Roma contra Filipo, se invocan razones políticas y comerciales (1). Jamas se ha negado que los Romanos entendiesen perfectamente su interes; pero ¿qué tiene el interes de comun con el derecho? Si el interes basta para justificar una guerra, habremos de decir que la conciencia moderna se equivoca al rechazar el maquiavelismo, porque la doctrina de Maquiavelo no es otra que la del interes. No hay justificacion posible para la obra de la fuerza. Solamente pueden explicarse las conquistas de Roma bajo el punto de vista providencial. Aquel que rige el destino de los Imperios se sirvió de Roma como de un instrumento para el ejercicio de su justicia y el cumplimiento de sus designios.

Las primeras guerras contra Filipo trajeron fatalmente las que siguieron. El rey vencido no podia resignarse á su derrota; si miéntras Aníbal estaba en Italia hubiese mostrado la energía que desplegó más tarde, hubiera podido cambiar los destinos del mundo. Perseo heredó su odio, pero no su fuerza de voluntad. Los defensores de la política romana no han tratado aún de justificar la conducta del Senado y de sus generales respecto al último rey de Macedonia. Los cónsules empezaron por engañar á Perseo, ofreciéndole una tregua para tener tiempo de hacer los preparativos contra él. Esta conducta halló, sin embargo, oposicion en el Senado. Los ancianos decian «que no debian imitar á los Griegos, que encontraban más gloria en engañar al enemigo que en vencerle con las armas en la mano, que la costumbre de los Romanos era declarar la guerra ántes de hacerla, que buscaban en ella la gloria del verdadero valor y no la de la astucia.» Pero, dice *Tito Livio*, el partido del interes triunfó sobre el del honor; la mala fe fué aprobada como una obra maestra de política (2).

El éxito no respondió á las prácticas pérfidas de los generales.

(1) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. I, p. 675.

(2) LIV., XLII, 47.

Fué necesario que el Senado enviase contra los Macedonios al viejo Paulo Emilio. Este general era famoso por la dulzura y humanidad de su carácter. Despues de la derrota de Perseo mostró un desinterés ya muy raro entre los Romanos (1). Su ejército se quejó amargamente de que no se le hubiese permitido el saqueo de las riquezas del rey. Para indemnizarle, el Senado le abandonó las ciudades del Epiro que habian abrazado el partido de Perseo. No se necesitó más que una hora para saquear setenta ciudades y reducir á la esclavitud 150.000 hombres. Los historiadores antiguos rara vez manifiestan su reprobacion por las escenas de carnicería y devastacion que refieren; ¡tan habitual les era este espectáculo! Pero, al contar las desgracias del Epiro, *Plutarco* se indigna: «El universo se estremeció de horror al contemplar el éxito de esta guerra, en que se sacó de la ruina de toda una nacion un botin tan módico y una ganancia tan pequeña» (2). Sin embargo, los soldados no estaban satisfechos; manifestaron su descontento oponiéndose al triunfo de Paulo Emilio: «Su general no habia podido darles dinero; ¿cómo le habian ellos de conceder honores?» (3). Estas palabras, que tomamos de *Tito Livio*, expresan la avidez romana con una rara sencillez.

Sin embargo, se concedió el triunfo á Paulo Emilio. Las condiciones exigidas para ser digno de este honor supremo revelan lo cruel de las costumbres antiguas (4). No bastaba la victoria, debia ser sangrienta; era preciso haber muerto 5.000 hombres en una sola batalla (5). La barbárie de los Romanos brilla principal-

(1) PLUTARCH., *P. Emil.*, c. 28.—Murió pobre, despues de haber ingresado más de seis mil talentos en el tesoro público (DION. CASS., *Fragm.*, LXXVI, 1.—CICER., *De Off.*, II, 22).

(2) El pillaje no produjo apenas más de diez francos á cada soldado (PLUTARCH., *P. Emil.*, 29.—LIV., XLV, 34).

(3) LIV., XLV, 34, 35.—PLUTARCH., *P. Emil.*, 30.

(4) WARD, admirador de los Romanos, dice en su *Historia del derecho de gentes* (Inquiry into the foundation and history of the law of nations, London, 1795), hablando de los triunfos: «The utmost ravage and bloodiest conduct in open and doubtful war is perhaps more supportable than such a system» (t. I, página 189-191).

(5) VALER. MAX., II, 8, 1.—Cuando la victoria no habia sido bastante sangrienta (*quam incruenta victoria obvenit*, GELL., V, 6), el Senado concedia al vencedor solamente la ovacion. Para obtener el título de *imperator* debia haber matado el general diez mil hombres (APPIAN., B, C, II, 44).

mente en el trato de los vencidos. Paulo Emilio hizo esperar á Perseo la clemencia del Senado (1); vamos á ver cuál era la humanidad de Roma al asistir al triunfo del vencedor (2):

« La pompa triunfal se dividió en tres días. El primero apenas bastó para la conduccion de las estatuas y de los cuadros que provenian del botin. El segundo día viéronse desfilar gran número de carruajes cargados con las armas macedónicas más magníficas; 3.000 hombres llevaban 750 vasos llenos de plata acuñada; otros cráteres de plata, copas de diferentes formas, notables por su tamaño, su peso y sus admirables cinceladuras. El tercer día abrian la marcha las trompetas tocando carga, como si marchasen contra el enemigo; seguian bueyes destinados al sacrificio; detras avanzaban los soldados, llevando oro acuñado en 77 vasos, de los que cada uno contenia tres talentos. Despues iba una copa sagrada, de peso de 10 talentos de oro, incrustada de piedras preciosas, que habia sido hecha por orden de Paulo Emilio; despues los antigónidas, los seléucidas y las otras copas de oro que adornaban la mesa de Perseo. Detras iba el carro del rey cargado con sus armas y su diadema. Despues seguia la multitud de cautivos; entre ellos los hijos de Perseo iban acompañados de sus maestros, que tendian hácia la multitud sus suplicantes manos y enseñaban á sus discípulos á implorar humildemente la piedad del vencedor. Detras de sus hijos marchaba Perseo con su mujer. Por fin aparecia Paulo Emilio montado en un carro, y despues el ejército que cantaba tan pronto canciones satíricas como himnos en honor del triunfador » (3).

El triunfo de Paulo Emilio da una idea de la inmensidad del botin que los Romanos sacaban de los países vencidos y del trato humillante que hacian sufrir á los reyes destronados. Pero no bastó á la venganza de Roma haber arrastrado toda una familia real delante del carro del vencedor; Perseo y sus hijos fueron relegados á la prision Albana. Era ésta una caverna subterránea, estrecha é infecta, á causa de la multitud de criminales que estaban allí

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXX, 23.

(2) LIV., XLV, 8.

(3) IBID., XLV, 39, 40.—PLUTARCH., *P. Emil.*, 32-34.

amontonados. El Rey hubiera acabado sus días en medio de aquellos seres embrutecidos, si Paulo Emilio, indignado, no hubiese dicho á los senadores que si no temian á los hombres debian temer al ménos á Némesis que castiga á los que abusan insolentemente de su victoria. Perseo fué trasladado á una prision más dulce, pero habiendo ofendido á los que le custodiaban, éstos, segun se dice, le hicieron morir de insomnio (1).

La Macedonia fué tratada con una aparente moderacion. Paulo Emilio, dice *Tito Livio*, le dió leyes que parecian hechas, no para enemigos vencidos sino para aliados fieles (2). No hemos de tomar al pié de la letra las palabras del historiador latino. La moderacion del Senado fué la de un vencedor pérfido que prepara la ruina futura de los vencidos. Rompió la unidad de la Macedonia, porque la unidad constituia su fuerza; le dió la libertad á la manera de los Griegos, dividiéndola en cuatro repúblicas federativas, y tuvo cuidado de aislar estas fracciones de la antigua monarquía, por medio de la prohibicion impuesta á los ciudadanos de unirse entre sí. Esto era como la dislocacion de un cuerpo vivo; no quedó á los miembros dispersos más que una sombra de vida; la Macedonia estaba muerta.

### N.º 3.—*Los Romanos en Grecia.*

La derrota de Filipo puso á la Grecia á disposicion del Senado y le devolvió la libertad. Flaminio, el vencedor de los Macedonios, proclamó la independenciam de los Griegos en los juegos ístmicos. Esta escena es una de las más interesantes de las relaciones de la Grecia y de Roma; para describirla copiaremos las palabras de *Polibio* y de *Plutarco*: « La solemnidad de los juegos atraia ordinariamente una gran multitud; en esta ocasion excitó una curiosidad general, por lo que se esperaba acerca de la suerte reservada á la Grecia y á cada pueblo en particular. Era la preocupacion de todos los espíritus, el asunto de todas las conversaciones.

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXXI, 9.—PLUTARCH., *P. Emil.*, 37.

(2) LIV., XLV, 32.